

PEDRO VÍLLORA: *Linda muñequita*

Pedro VÍllora

Linda muñequita

El espacio corresponde al escenario de un teatro donde se está ensayando una obra. La escenografía reproduce el despacho de un escritor decimonónico, con las paredes recubiertas de libros exquisitamente encuadernados y ordenados. En un extremo hay una mesa redonda, dos sillones, una mecedora y una estufa. En el lado opuesto está la puerta. En el centro hay una mesa de trabajo.

Al comenzar la acción, todavía no está conectada la iluminación de la escena y la luz es aún general e impersonal. GINA, la directora, da las últimas instrucciones a los actores, SERGIO y ANDREA, antes de comenzar el ensayo. Sergio interpreta al autor Henrik Ibsen mientras que Andrea encarna a su personaje Nora, la protagonista de “Casa de muñecas”. Ambos están vestidos de manera adecuada para la época, él con ropa cómoda de estar en casa y ella con traje de calle. Estamos en invierno.

GINA: *(enfática)* Pensad, sobre todo, que esto no es teatro. No, no es ficción, no es mentira. Esto es la vida: la vida interior y la vida del alma, la vida de la conciencia, la vida que renuncia a convertirse en

espejismo del vivir. Si al representar “Linda muñequita” hacéis teatro, ahí la fastidiamos, porque el teatro es mentira y esto que hacemos ya no es teatro, sino que es verdad. ¿Me oyes, Andrea? Tú ya no eres Nora, ¿entiendes? Eres la mujer total, la heroína, el poder que encarna nuestra lucha. Todas las mujeres del mundo estamos en ti. Nos contiene. Nos representas.

SERGIO: Gina...

GINA: Ahora no. *(A Andrea)* Al hacer “Linda muñequita” tienes que pensar en grande, en absoluto. Olvídate de tu pequeñez y tus miserias y conviértete en la mujer única, en el emblema de la liberación. Acaba con nuestro yugo y sálvanos del maleficio masculino. Sacrificate por todas nosotras y conviértete en un mito social.

SERGIO: Gina...

GINA: ¿No te digo que ahora no? ¿No ves que estoy mostrando a Andrea el camino de la verdad? Si me interrumpes el discurso se quiebra la conciencia del mensaje.

SERGIO: Es sólo un momento... Oye, que tú sigas con Andrea que yo vuelvo en seguida.

GINA: Muy bien, pues vete; pero que sepas que me parece muy poco profesional esta interrupción del proceso.

(Sergio sale con prisas.)

GINA: Al trabajo se viene meadito.

ANDREA: Dale un respiro. Lo está pasando mal.

GINA: Si está enfermo, que pida la baja y lo sustituyo en seguida, aunque estemos a cinco días del estreno. Y si no es así, que trabaje y se deje de cuentos; o, si quiere, que se haga un nudo en el pito.

ANDREA: No es eso. Esta noche ha tenido bronca.

GINA: Si no es la próstata, es el culo. Estoy harta de mariblandas ñoñas que se ponen a chillar si se les rompe una uña. Cuando se viene a trabajar se dejan los sentimientos fuera.

ANDREA: Sergio es un actor estupendo y muy profesional.

GINA: Una loca con barbas y que encima no lo parece. Es que no lo puedo soportar: si eres marica, ve de marica. ¿Qué haces yendo de macha por la vida? ¿A quién te crees que engañas?

ANDREA: Gina, por favor; Sergio no va de nada. Es verdad que el pobre no tiene pluma, pero tampoco será culpa suya, digo yo.

GINA: No me lo defiendas encima, que a mí no me van esas medias tintas. Para algo hemos superado siglos de opresión y terrorismo sexual: para salir a la calle gritando bien alto lo que somos. ¿Pasa algo? La revolución la hemos hecho nosotras, no estas nenazas que ahora se apuntan al carro.

ANDREA: Anda, que cualquiera que te oiga va a pensar que tú has estado en las barricadas.

GINA: La liberación exige una acción diaria. Está muy bien alzar barricadas una vez al año, pero es mejor luchar día a día hasta conseguir el objetivo, y nadie dirá que yo me haya acobardado o me haya faltado el coraje ni una sola vez. No habré estado en las barricadas, como tú dices, pero a ver quién me gana como denunciante de la esclavitud cotidiana y la humillación a que estamos sometidas por el enemigo. Por eso hago una obra política y

social como “Linda muñequita” y no una vulgar comedieta urbana de adolescentes pastilleros.

ANDREA: Cierto, Gina; no te lo discuto, pero también tienes que pensar que a lo mejor Sergio pertenece también a una raza perseguida.

GINA: No te confundas. Ni se te ocurra insinuar que no soy consciente de sus problemas, pero antes que maricones son hombres y sólo por eso tienen muchas ventajas que a nosotras se nos niegan.

ANDREA: ¡Qué expresiones! Tal vez podrías intentar hacer un esfuerzo para no resultar tan ofensiva.

GINA: Precisamente el lenguaje es el mayor instrumento de poder que utilizan para someternos. Si queremos romper las cadenas es preciso contrarrestar su estrategia y empezar por llamar a las cosas por su nombre: pan al pan y maricón al maricón.

(Entra Sergio.)

SERGIO: Perdonad. Ya estoy listo.

GINA: ¿Seguro?

SERGIO: Seguro. Me sentía indispuerto pero ya me encuentro bien.

GINA: ¿Necesitas algo? ¿Sales? ¿Jarabe para la tos? ¿Agua de azahar?
¿Tila?

SERGIO: Nada, gracias.

GINA: Me alegro... Ya no me acuerdo qué carajo estaba diciendo.

SERGIO: Algo sobre los hombres malos.

GINA: Ah, sí... Pero dejémoslo por el momento. Vamos a empezar. Y recordad: esto que estamos haciendo es algo más que la verdad; es la vida. ¿Estás preparada?

ANDREA: Sí, sí. Cuando quieras.

GINA: Entonces pasemos la primera escena entera, de un tirón y procurando no parar. Rapidito y buena letra, ¿de acuerdo? (*Da una orden a la mesa de luces y sonido*) Preparada luz de inicio. (*A los actores*) Suerte, chicos.

(Gina sale del escenario. Sergio/Henrik se sienta tras el escritorio. Andrea/Nora se queda entre cajas. Comienza el ensayo: luz, música... Es una noche invernal y la estufa está encendida. Henrik está escribiendo. Suena una campanilla en el exterior; poco después se oye una puerta, y enseguida se abre la del despacho y entra Nora, muy animada.)

NORA: Ya, ya sé que no te gusta que entre sin llamar. No me digas nada, no me reproches nada, y te pido otra vez perdón. ¿Pero cómo llegar a casa y no venir primero a ver a mi alondra, a mi ardillita, que se ha quedado toda la tarde escribiendo esas frases maravillosas que luego su Nora va a interpretar? Sí, Henrik, era absolutamente necesario que yo hablase esta noche contigo. Así tú dirás: “¿Hay alguna conversación posible entre usted y yo?”. Y yo te diré: “Sí, precisamente usted y yo tenemos que hablar de muchísimas cosas”. ¡Qué éxito, Henrik Ibsen, qué éxito! Si me hubieses visto hoy cuando he dicho: “No; no puedo aceptar nada de un extraño”. ¡Qué rotundidad, Henrik, y qué silencio! Lo he notado perfectamente. Todos en el teatro estaban absolutamente estremecidos. ¿Cómo no estarlo, si yo los he llevado a ese extremo gracias a mi sacrificio, a mi entrega absoluta y desinteresada a ese Torvald, a ese marido mío tan mediocre y tan machista que me has dado y que no me merece?

¡Sí, sí, sí! Sabía que hoy estaban sobrecogidos; pero no es una sorpresa, porque siempre lo están. Y es todo gracias a ti, mi halcón.

(Nora se sienta en un sillón. Henrik continúa escribiendo sin que parezca haber notado su presencia.)

¿Sabes, queridísimo autor mío? En las primeras filas había varios matrimonios a punto de romperse. Pero no hay problema: esta noche discutirán y no quedará rastro de ninguno. ¿No te divierte? ¡Si los hubieses visto como yo! La función comenzó y ellos, los maridos, prestaban esa atención fácil del que está acostumbrado a complacerse y sólo espera un rato de entretenimiento; ya sabes, como quien está seguro de que va a presenciar un dramita burgués sin importancia. Pero, al fin y al cabo, ¿qué se puede esperar de los hombres? Nada: tópico tras tópico y vulgaridad tras vulgaridad. ¡Ay, qué horror! Aunque no te creas que sus esposas parecían más inteligentes, no. Ellas simplemente ponían los ojos en blanco; pensando, sin duda, en algún error de la criada o en esos molestos seres pedigüeños y bajitos llamados hijos. Tenían la cabeza ida, Henrik, y sólo volvían en sí para apreciar ese encanto que aún conservo y me caracteriza, y que ellas, por desgracia, empiezan a perder. ¡Imagínate el panorama! Pero todo eso era al principio, porque poco a poco las hice cambiar. Así, al terminar la exposición del asalto a mi propia soberanía, después de que doy ese portazo sublime que ha revolucionado completamente la historia del teatro y la de las libertades, nadie habría reconocido en esas mujeres altivas, dinámicas y concienciadas, y en esos hombres hundidos, cabizbajos y miserables, a las modélicas parejitas tradicionales que

eran dos horas antes. Sí, querido Henrik Ibsen, el mundo aún puede mejorar y no debemos perder el tiempo, porque ha llegado la hora de la liberación de la mujer. ¡Viva el movimiento feminista! ¡Soltemos las cadenas familiares! ¡Terminemos con la esclavitud del hogar! ¡Acabemos con la opresión masculina! ¡Abajo con los sementales! ¡Adiós al macho! ¡Fuera los hombres! ¡Fuera, fuera, fuera!

(Henrik ha dejado de escribir ante la exaltación que Nora ha ido ganando en sus expresiones. La contempla boquiabierto e incrédulo.)

HENRIK: Nora...

NORA: ¿Qué?

HENRIK: Tú no estás hablando de “Casa de muñecas”, ¿verdad?

NORA: Sí, Henrik. Sí, mi águila real, vigía de los campos. Hablo de esa obra tuya donde yo, tu máxima creación, me rebelo contra el orden impuesto por una sociedad machista que se complace en someter a la mujer y acallar su voz; una sociedad que coarta nuestra libertad de expresión y, aún más, la misma posibilidad de un pensamiento autónomo y propio. ¡Oh, Henrik, Henrik! Lástima que seas hombre y no mujer, porque sólo un genio como tú, Henrik Ibsen, podía decirlo con tanta firmeza. Por eso yo me crezco en cada representación y me alzo más simbólica y más militante, y soy el espejo donde se han de mirar todas las mujeres que aún se hallan bajo el dominio de sus maridos, de esos Torvaldos que jamás se han preocupado por contrastar sus opiniones con las de esas esposas con las que habitan y de las que no desean otra cosa sino poder lucirlas

para que les dejen bien y convertirlas en máquinas de parir cuando llega para los humanos la época de la cosecha.

HENRIK: Pero yo no he escrito eso.

NORA: ¿Y quién si no? ¡Oh, humilde y extraordinario Henrik Ibsen! Tu grandísima modestia te puede, pero un autor no puede renunciar a su obra. Entiendo, sí, que quieras mejorarla. Y es más: yo misma te animo a ello. Sí, Henrik; corrige “Casa de muñecas”, mejórala. Porque déjame que te diga que a veces resulta demasiado ambigua, si es que no abiertamente discutible y hasta puede inducir a equivocación. Sí, Henrik, no me mires así; comprende que hay momentos en tu obra capaces de justificar que cualquier intransigente pueda pensar que esta mujer que soy yo se comporta mal desde el principio por no haber intentado quitarse la máscara de ingenuidad, ese falso candor que hoy no resulta verosímil, y a partir de ahí dialogar con su marido. Y más aún cuando en el primer acto queda claro que Torvald está contra los préstamos, y que Nora lo sabe. Me lo dice con demasiada claridad: “En serio, Nora; ya sabes que no quiero deber nada a nadie. No puede haber tranquilidad ni alegría en un hogar que depende del préstamo y de la deuda. Tú y yo hemos seguido hasta aquí el camino derecho, y lo seguiremos este poco tiempo que aún nos queda de lucha”. ¡Qué lejos está de saber que, en definitiva, la lucha será contra él! Y entonces yo le respondo: “Como quieras”. Eso que me obligas a hacer, Henrik Ibsen, se llama mentir; y, aunque sea por lo que en ese momento creo que es una buena intención, es también una concesión excesiva que puede aprovechar algún espectador de esos retrógrados y conservadores que todavía quedan. O, lo que es peor, puede confundir a las espectadoras de corazón más pusilánime y sensible.

¿No crees, Henrik, que deberías cambiar eso para que no quede duda sobre el despiadado carácter de Torvald?

HENRIK: No, no lo creo.

NORA: ¿Y no es más cierto aún, y perdona que te lo diga, que podrías haber resuelto la obra sin necesidad de que yo abandone a mis hijos con tanta rotundidad, cosa que desvela en mí una condición egoísta que no me conviene? Reconoce, gorrión, que ese no es uno de tus pasajes más acertados, porque mi conflicto es exclusivamente con mi marido, Torvald, no con mis hijos, que al fin y al cabo son seres sin opinión y todavía no echados a perder

HENRIK: Tu conflicto es contigo misma.

NORA: No, Henrik; yo no lo creo así. Es más, si no propones una alternativa que me satisfaga, a partir de mañana me llevaré a mis hijos conmigo para ofrecerles una educación que favorezca la integración y la igualdad de todos los sexos. No volveré a dejarlos con Torvald, porque no estoy dispuesta a sostener más ambigüedades. O estás conmigo o estás con él. Las cosas claras.

HENRIK: Es escandaloso. ¿Así renuncias a cumplir tus deberes más sagrados?

NORA: ¿Cuáles son mis deberes más sagrados?

HENRIK: ¿No lo sabes? Los que tienes conmigo, que soy tu autor y te he hecho nacer de la nada. Los que tienes con el teatro y con la historia del arte, del pensamiento y de la creación.

NORA: Tengo otros tan sagrados como esos.

HENRIK: ¡No los tienes! ¿Cuáles?

NORA: Deberes para con todas las mujeres.

HENRIK: Antes que nada eres personaje.

NORA: Ya no lo creo. Antes que nada creo que soy un modelo a seguir, o por lo menos debo intentar serlo. Y un modelo es puro, limpio, perfecto y sin mácula. Un modelo es un prisma sin facetas. Pero tú has puesto demasiadas en mí.

HENRIK: ¡Hablas como una criatura sin sentido!

NORA: Puede ser, no te digo que no, pero tú no hablas ni piensas como aquel autor progresista, revolucionario y concienciado a quien yo creía querer y respetar. Tal y como yo soy, no puedo por ahora ser tu personaje. Es imposible. ¡Ay, Henrik! No creo en maravillas... no creo en maravillas. Adiós.

(Nora sale y cierra la puerta, suavemente. Henrik se desploma en su sillón y esconde la cara entre las manos.)

HENRIK: ¡Nora! ¡Nora! *(Mira en derredor, y se levanta.)* ¡Se marcha! ¡Me deja! *(Una esperanza pasa por su pensamiento.)* ¡Puedo escribirte!

(Henrik escribe. Suena música. La escena ha terminado.)

GINA: Está bien, hasta aquí. ¡A ver, esa música! ¿Cómo os tengo que decir que tiene que empezar a sonar cuando él se levanta y no cuando se sienta? ¿Cuándo os vais a querer enterar? Vamos a repetirlo. Sergio, por favor, desde que Andrea se marcha y te sientas.

SERGIO: ¿Desde que ella se despide o después de que da el portazo?

GINA: ¿Qué portazo? ¡Aquí no hay ningún portazo!

ANDREA: Dice cuando cierro la puerta.

GINA: Ya sé que dice cuando cierras la puerta, pero a ver si os queda claro que se trata de una ironía. La puerta se cierra suavemente para

indicar que el diálogo siempre es mejor que los gritos para poder comunicarse, ¿estamos?

SERGIO: No, si se entiende muy bien, muy bien.

GINA: Pues vamos. Quedamos en que ella se va, tú te sientas, dices lo que tienes que decir y te levantas; y justo entonces entra la música. *(Grita)* Ahí y no después. ¿Entendido? Pues a hacerlo. No hacen falta luces.

(Sergio repite la acción de desplomarse en el sillón con el rostro entre las manos.)

HENRIK: ¡Nora! ¡Nora!

(Sergio mira en derredor y se levanta.)

GINA: ¡Música!

(Empieza a sonar la música.)

GINA: ¡Eso es!

HENRIK: ¡Se marcha! ¡Me deja! *(Una esperanza pasa por su pensamiento.)* ¡Puedo escribirte! *(Se sienta y escribe.)*

GINA: ¡Sube música y...! ¡Eso es! Perfecto. *(Se vuelve al equipo)* Diez minutos de descanso y seguimos con la segunda escena. Andrea y Sergio se quedan conmigo.

(Los actores se acercan a la directora.)

SERGIO: ¿Hay algo mal?

GINA: Mejor pregunta si hay algo bien. ¿Pero qué os pasa? No podemos seguir así. ¿No os dais cuenta de que estamos a cinco días del estreno y esto no funciona? ¿Venís o no venís al teatro? Porque vale que aquí veo dos cuerpos, pero me parece que las cabezas os las habéis dejado en otra parte, lo mismo que las ganas de trabajar.

ANDREA: Gina, no dramatices. Puede haber salido un ensayo flojito, pero tampoco es para tanto.

GINA: ¿Que no? El estreno de “Linda muñequita” es el acto inaugural del Congreso de Mujeres Progresistas y Liberadas. Los ojos del mundo van a estar puestos aquí y esperan mucho de nosotras. ¿Te imaginas el bochorno y el ridículo tan espantoso que se va a organizar si nos presentamos con esta mierda ante todas las compañeras?

ANDREA: No hace falta que perdamos los nervios. Tenemos tiempo más que de sobra para llegar al estreno con la obra a punto.

GINA: Si me dices que no estás nerviosa pensaré que estás poco implicada en el proyecto. Hace falta tener nervios para saber controlarlos y ponerlos a punto.

SERGIO: Perdonad un momento... (*Va a salir.*)

GINA: ¿Adónde vas?

SERGIO: Vuelvo en un minuto.

GINA: Estamos en mitad del proceso.

SERGIO: No tardo nada.

GINA: ¡Estoy harta de esta situación! ¿Qué está pasando aquí? ¿Queréis contármelo?

ANDREA: Desde luego, tú sí que estás nerviosa.

SERGIO: No discutáis entre vosotras y calmaos un poco, que no vale la pena.

(Sergio sale.)

GINA: ¡Y se va!

ANDREA: Pues claro que se va.

GINA: ¡Se ha ido!

ANDREA: ¿No te ha dicho que regresa enseguida? ¿Por qué no te olvidas de él?

GINA: Estáis hoy muy raros. ¡Los dos!

ANDREA: No, perdona. La rara eres tú, que no te enteras de nada.

GINA: ¿De qué me voy a enterar si no me lo decís? Si es que habéis decidido no trabajar hoy, prefiero que me lo digáis bien claro cuanto antes; pero que seáis incapaces de mantener mínimamente la concentración me parece una falta de responsabilidad.

ANDREA: No exageres. ¿No ves que ha ido al baño?

GINA: ¿Y se puede saber por qué tiene que ir tantas veces al baño? Ya somos lo bastante mayorcitas como para haber aprendido a aguantarnos las ganas. Que no estamos en el colegio.

ANDREA: Si tantas ganas tienes de saberlo, ¿por qué no se lo preguntas? No te va a morder. Sólo tienes que decirle: “Sergio, ¿te pasa algo que deba saber?”; y a lo mejor hasta le da pena de ti y te lo cuenta.

GINA: Los chismes no me importan, pero sí me interesa cualquier cosa que interfiera en el trabajo; y, desde luego, tengo claro que esto se está convirtiendo en una molestia.

ANDREA: ¿Qué pasa? ¿Que lo único que hay en el mundo es esta... cómo has dicho... sí, esta mierda de “Linda muñequita”?

GINA: Te encuentro hoy muy conflictiva.

ANDREA: Y yo a ti muy intransigente.

GINA: ¿Intransigente, yo?

ANDREA: Sí, pero no conmigo, sino con el pobre Sergio. No paras de meterte con él. Como si el muchacho no tuviese bastante con sus propios problemas.

GINA: ¿A preocuparme por el buen desarrollo de un trabajo colectivo que hacemos entre todos y del que todos somos responsables lo llamas tú ser intransigente? Si crees que dirigir es tan fácil, ¿por qué no te haces tú directora y me encargo yo de interpretar a Nora?

ANDREA: No le estoy faltando al respeto a tu trabajo. Soy muy consciente de lo difícil que es, pero eso no quita para que le dejes hoy un poco de margen y te muestres algo menos belicosa.

GINA: También yo tengo problemas, ¿sabes? Sin embargo, no se me ocurre ponerlos como excusa para dejar de venir a trabajar porque tengo un compromiso con vosotros.

ANDREA: ¿Estás segura de que sólo te molesta que desaparezca a mitad de ensayo o se trata de algo más?

GINA: Yo sí puedo decir que mi vida es el trabajo y que nadie me ha regalado nada. Para mí no hay “algo más”.

ANDREA: Pues yo creo que esta obra te la estás tomando demasiado en serio y te está afectando. De momento, te ha hecho perder el sentido del humor, suponiendo que alguna vez lo hayas tenido.

(Entra Sergio.)

SERGIO: ¿Me he perdido algo?

GINA: Nada en absoluto.

ANDREA: Gina cree que careces de compromiso con la compañía, y especialmente con ella, y que es una falta de respeto desaparecer

por segunda vez del ensayo cuando quiere comentar algo sobre nuestra interpretación, el montaje y todo eso.

GINA: Yo misma no lo habría dicho mejor.

SERGIO: ¿Es eso lo que crees?

GINA: Es posible.

ANDREA: Sí.

SERGIO: Pues empieza.

GINA: ¿A qué?

SERGIO: ¿No querías comentar nuestros personajes? Pues vamos a ello; hazlo.

GINA: Me parece que estamos todos demasiado nerviosos. Mejor lo dejamos por hoy y nos vamos.

ANDREA: ¿Por qué? A cinco días del estreno no creo que podamos permitirnos el lujo de perder mucho tiempo. No podemos decepcionar al excelentísimo y todopoderoso Congreso de Mujeres Progresistas y Liberadas. Han subvencionado esta mierda y merecen que se la sirvamos bien perfumadita.

SERGIO: ¿Y si tratamos de tranquilizarnos un poco? Así sólo tiramos piedras sobre nosotros mismos.

ANDREA: Muy cierto, Sergio, pero no sé si Gina está para un tópico más después de todos los que ha puesto en esta obra.

GINA: No creo que podamos honradamente considerar tópica “Linda muñequita”.

ANDREA: ¡Oh, qué malos son los hombres! ¡Oh, qué buenas las mujeres!
¡Abajo los hombres! ¡Arriba las mujeres!

GINA: ¡Estás hablando de un alegato en favor de la liberación femenina y contra la violencia de género!

ANDREA: ¡Estoy hablando de la paja mental de un coño con telarañas!
¡Del delirio narcisista de una bollera menopáusica!

GINA: Eso no lo dice una mujer. ¡Lo dice una machista beligerante! ¡Una
vendida sin conciencia de clase!

ANDREA: ¡Lo dice una que está hasta los huevos de aguantar tantas
memeces y tantas tonterías, tantos reproches sin fundamento y tanta
falta de sentido común!

(Sergio rompe a llorar.)

SERGIO: ¿Os queréis callar ya?

GINA: *(A Andrea)* ¿Y ahora? ¿También me vas a acusar del tópico de la
mariquita sensible?

(Pausa.)

SERGIO: No tengo un buen día. Anoche discutí con Fran y rompimos. Se
ha enrollado con una alumna.

GINA: ¿Pero no es gay?

SERGIO: Como yo, ¿y qué?

GINA: Claro. Tienes razón.

(Pausa.)

GINA: ¿Y tú también?

SERGIO: ¿También, qué?

GINA: ¿Con alguna tía?

(Pausa.)

ANDREA: La fidelidad es lo más importante.

GINA: Sí... Claro.

(Pausa.)

ANDREA: Eso creo... Hombres, menuda panda de cabrones.

SERGIO: ¿Se sabe ya quién viene al estreno?

GINA: Las congresistas.

SERGIO: ¿Alguien célebre?

GINA: Recuérdame que te pase luego la lista.

ANDREA: ¿Conocen ya la obra?

GINA: No. O sí: la comisión de selección conoce la primera versión, pero sólo son tres o cuatro.

ANDREA: Entonces les va a sorprender.

GINA: Mucho.

SERGIO: Seguro que sí.

ANDREA: Les va a encantar. *(Pequeña pausa)* ¿Seguimos?

GINA: ¿Tenéis alguna duda?

SERGIO: Sí. Cuando Nora entra y empieza a contar cómo le ha ido la función, ¿no queda demasiado forzado que en ningún instante levante la cabeza para mirarla? Hay un par de momentos en los que tengo la tentación de demostrar que estoy escuchando, y no sé si al hacerlo estaría traicionando la situación.

GINA: Es importante que no le hagas caso, que la dejes hablar. Al fin y al cabo, lo que ella pueda decir a ti te da igual. Y sólo cuando crees que se ha excedido es cuando reaccionas.

SERGIO: Entiendo. ¿Pero no parece exagerado?

GINA: No. Aunque seas el autor, debe quedar claro que la evolución de tu personaje te pilla desprevenido. Has creado un mito que no puedes dominar y constantemente se te escapa de las manos. Lo que para ti era la historia de una burguesita que se porta mal, ha llegado a convertirse en el máximo ejemplo de la lucha de la mujer por conquistar sus derechos en un mundo masculino.

ANDREA: Además, recuerda que tú eres el hombre.

SERGIO: ¿Qué quieres decir?

ANDREA: Que no olvides que, aquí, el malo siempre serás tú.

(Los tres, poco a poco, se echan a reír.)

OSCURO